

UN PROBLEMA ACTUALIZADO

El problema de los menores abandonados es uno de los que en estos días más se ha traído y llevado en los vehículos del pensamiento: prensa, radio, televisión. Y, por supuesto, en la conversación callejera y familiar.

Que ese problema se agite, se discuta, excite interés; nos satisface. Quince años atrás apenas si despertaba un fugaz interés; o por ser muchacho el triste héroe de algún malhecho; o la víctima desgraciada de algún mayor.

Hoy es distinto. El problema se vive, se agita, está en la conciencia cívica, porque se ha impuesto a ésta. Y ello, para quien trabaja en resolver el problema, es satisfactorio. Pero muchísimas veces se trata de una manera tan ligera; se enfoca tan desacertadamente; se quiere resolver con tal infantilidad; que es un dolor. Precisamente, la misma gravedad que se reconoce al problema, exigiría por parte quienes lo tratan, profundidad cuando lo estudian, para poder proceder con acierto cuando se resuelva.

Como muchos de nuestros lectores saben, fundamos en enero de 1945 el HOGAR DE LA VIRGEN DE LOS DOLORES para niños sin hogar. Y desde entonces estamos al frente de la Obra luchando contra cuanto suele oponerse a la mejor voluntad en este género de empresas. Por tanto, hemos vivido hondamente el problema, porque lo llevábamos en el corazón, porque lo teníamos entre manos, porque estaba patente delante de nuestros ojos. Y esto nos da un cierto derecho a hablar, en la esperanza del momento que parece propicio al estudio y a la solución de nuestros más graves problemas.

* * *

Cuanto estos días se ha dicho y escrito sobre el tema, puede reducirse a buscar causas y sugerir remedios. Las causas, forzosamente han de reducirse a las dos clásicas: endógenas y exógenas; y éstas, a familiares y sociales.

Pero ya en el discernimiento de las causas, es donde nos hemos encontrado con la desorientación mayor. El mal que nos ocupa no es un mal que haya podido producirse —como una pulmonía—, en momentos. El muchacho callejero de hoy es un producto que se ha ido elaborando durante ocho, diez o más años por alguna de aquellas causas que englobábamos arriba. Eso sí: el mal se ha manifestado de pronto con virulencia tan tremenda, que ha aterrorizado a la sociedad, y ha preocupado al gobierno.

El mimetismo es un fenómeno peculiar del muchacho. De todo muchacho. Y la revolución de Enero fue algo que arrastró también, aunque sin el discernimiento necesario, a nuestro muchacho. Y quiso jugar también él a revolucionario, en la casa, en la escuela, en el liceo, y aún tal vez entró en la agitada escena como modesto partiquino. Y ya metido en harina —como el dicho dice—, él fue muchas veces núcleo de grupos convocados por el clarín de sus gritos y silbidos, que muchas veces hubieron de ser disueltos a planazos, o con bombas lacrimógenas, y aún con tal cual tiro al aire. Por eso nuestro muchacho se ha creído algo, y se sigue creyendo tal.

Se nos ofrece comparar su actuación con la del muchacho todo vida y arrojo, que al incendiarse la casa en que vive, alertado por su padre en el peligro; se levanta, grita para despertar a los vecinos; toma un machete para batir ventanas y puertas con que quitar pábulo a las llamas, agarra una lata, e inunda de agua paredes y suelos. Si pasado el peligro, el tal se contentara con tenerse por un héroe, se lo perdonaríamos. Pero si quisiera seguir tumbando puertas y ventanas, y llenando la casa de agua; su gesto nos molestaría, sus gritos nos cansarían, y sus posturas de héroe nos fastidiarían.

Es lo que ha sucedido con el muchacho callejero, sobre todo. Se ha formado una conciencia de heroísmo ocasional, y en ella vive; y no ha quien lo resista. Vivieron días trágicos los institutos dedicados a ellos; creemos que la semilla no se extinguirá fácilmente. Por eso juzgamos, que sobre todo en los momentos que vivimos, el régimen más conveniente para ellos es el que implantamos en nues

tra Obra: el de puertas abiertas, como lo ha proclamado para situaciones similares, en la Asamblea que celebró en Hamburgo (15/4/57), la Asociación Internacional de Educadores de Jóvenes Inadaptados.

* * *

Esto, sobre la gestación del mal; determinante exógeno. Ofrezcamos ahora una de las causas endógenas, fundamental a nuestro entender —sobre todo tratándose de nuestro muchacho—; difícil de eradicar; y muy poco estudiada: su espíritu de aventura, y su afán de libertad.

Será el ancestro: algo del nomadismo indígena, mucho de la aventura conquistadora. Nuestro muchacho es muy fácil al desplazamiento.

El gran contingente a nuestro Hogar —casi quinientos casos—, lo han dado —como era lógico—, el Distrito Federal y el Estado Miranda. Inmediatamente nuestra estadística salta a los Andes; retrocede un poco hacia los Estados centrales, para dispersarse luego al occidente y terminar en Bolívar y en los Territorios Federales. (Queremos notar, que hemos tenido pupilos de todos los ámbitos de Venezuela). Un camionero que pasaba y ofrecía al muchacho la ocasión única de ensanchar los reducidos límites del pueblo provinciano, al fácil precio de echar agua al motor o ayudar en la carga; un mal entendido con el padrasto; un castigo tenido por —o realmente— injusto; la muerte de los padres; el deseo de conseguir trabajo mejor remunerado... Esó que a otro muchacho lo hubiera lanzado a la capital de la provincia; al nuestro lo arrastró a Caracas.

Para la cura de este espíritu aventurero, el Consejo Venezolano del Niño tiene un arma legal de indiscutible eficacia: el artículo 49 del Estatuto de Menores, que prohíbe el libre desplazamiento del menor sin estar debidamente acompañado, o sin autorización del Consejo Venezolano del Niño o de la primera autoridad del lugar.

Y esta facilidad al desplace, se complementa —para la aventura—, con algo que estudiamos cierta vez en nuestra hoja ECOS, y que sintetizó maravillosamente Cervantes en el caso de Carriazo y de Avendaño, los dos

mozos coprotagonistas de la Ilustre Fregona. Dice hablando de aquél: "Trece años, o poco más, tendría Carriazo, cuando llevado de una inclinación picaresca, sin forzarle a ello algún mal tratamiento que sus padres le hiciesen, solo por su gusto y antojo, se desgarró, como dicen los muchachos, de casa de sus padres, y se fué por ese mundo adelante, tan contento de la vida libre, que en la mitad de las incomodidades y miserias que trae consigo, no echaba menos la abundancia de la casa de su padre. Ni el andar a pie le cansaba, ni el frío le ofendía, ni el calor le enfadaba; para él todos los tiempos del año le eran dulce y templada primavera; tan bien dormía en parvas como en colchones; con tanto gusto se soterraba en un pajar de un mesón como si se acostara entre dos sábanas de Holanda". Y hablándonos luego Cervantes de las almadrabas de Zahara, "donde es el finibusterrae de la picaresca", las rememora así: "¡Allí, allí está en su centro el trabajo (sufrimiento) junto con la poltronería! Allí está la suciedad limpia, la gordura rolliza, la hambre prompta, la harura abundante, sin disfraz el vicio, el juego siempre, las pependencias por momentos, las muertes por puntos, las pullas a cada paso, los bailes como en bodas, las seguidillas como en estampa, los romances con estribos, la poesía sin acciones. Aquí se canta, allí se reniega, acullá se riñe, acá se juega, y por todo se hurta. Allí campea la libertad y luce el trabajo; allí van o envían muchos padres principales a buscar a sus hijos, y los hallan; y tanto sienten sacarlos (ser sacados) de aquella vida como si los llevaran a dar muerte".

* * *

Al hablar de las causas exógenas, ro familiares, se ha hecho incapié en la "falta de educación del pueblo". Que está se enumere simplemente como una de tantas con-causas, nos parece acertado. Que se le quiera dar una importancia capital, nos parece injusto y aún denigrante para nuestro pobre y sufrido pueblo. ¡El abandono moral —muy bien discernido por el Dr. Alberto Mateo Alonso, y causa eficiente del mal—, se da en proporciones tremendas en la clase bien acomodada y aún en la alta! Quienes se dedican a la educación en grandes colegios, pudieran decir cosas sobre la

ausencia de preocupación en muchos padres por la formación de sus hijos. Y pudieran citar ejemplos como el de aquella niña, que al salir por la mañana al colegio, tropezaba en la puerta de la casa con su mamá que venía de una fiesta... ¡ebria! Y en nuestro Hogar hemos tenido más de un hijo de buena familia, huído ante el desamor de los suyos, que cambiando de nombre prefería nuestra cariñosa pobreza al bienestar desamorado y desprecupado de los suyos.

Precisemos: Si falta de educación quiere entenderse simple falta de cultura; no debe achacarse a ella sola aquel mal. Si se entiende —como ha de entenderse—, cultura moral, con su necesaria base religiosa; entonces, sí. Pero conste que ésta existe arriba y abajo; no sólo en el pueblo.

* * *

Decíamos, al comenzar este artículo, que buena parte de la literatura del momento dedicada a nuestro problema, se dirigía a buscar soluciones; y entre éstas —¡cómo no!— la creación de nuevas obras para los menores abandonados.

En lo fisiológico se da el fenómeno —estudiado ya, y divertido, además—, de que para cualquier dolencia que paezamos, nos surgen un sin fin de médicos ingenuos y espontáneos, sugeridores de los más diversos remedios —infalibles, según ellos—, para nuestro mal. Así en el mal que nos ocupa.

A los tales ingenuos recomendaríamos tan solo dos cosas, que vienen a ser una. Primera: la que ya recomendaba el bueno de Cervantes en el apotegma con que termina el donosísimo cuento de aquel perro, en el prólogo a su segunda parte: “¡Pensa-

rán sus mercedes agora, que es poco trabajo hinchar un perro?”...

Otra cosa que les recomendaríamos: La que ya recomendaba nuestro dilecto amigo Mr. Pellín en La Religión del día 26 de Mayo de 1953: “Apenas pasa un día sin una nueva lamentación. Y cada lamentación trae asimismo un proyecto. Hay una fecundidad exuberante de planes para realizar el bien y destruir el mal. Cada plan encuentra quienes lo aplaudan. Empieza a marchar; parece que va resultar fecundo en benéficas realizaciones; y cuando menos se piensa se ve desplazado, o poco menos, por otro proyecto similar, que atrae la atención de las muchedumbres... Rara vez se planea una obra después de maduro y concienzudo estudio, en un ambiente de serenidad, que permita ver el pro y el contra de la resolución adoptada, y prever la eficacia de la misma; no ya para un tiempo determinado, sino para lo futuro... Aprovechamos lo que existe de bueno, ayudemos a los que desde largos años vienen labrando en algo útil”.

Y por entonces, el bueno y discreto amigo, no podía ser más explícito. Pero lo había sido antes, ante cierto proyecto, malogrado, y que se quiso enrumbar Dios sabe cómo: “Z. propone que se funde un internado en la hacienda ofrecida para los que van a venir. ¿Por qué no se entrega a la Obra que el P. Barrena, a costa de grandes sacrificios, realiza en favor del muchacho vago y sin hogar? Así se realizaría la labor cual corresponde a un pueblo de fe cristiana”.

Pero... ¡perdón por la cita!, pues con estas cosas que digo, y las que paso en silencio, a mis soledades voy, de mis soledades vengo.

JULIAN BARRENA, S. J.

